

BAUTISMO DEL SEÑOR. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 3,15-16. 21-22.

En aquel tiempo, el pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías. Él tomó la palabra y dijo a todos:

-Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.

En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma, y vino una voz del cielo:

-Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.

EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

«Yo os bautizo con agua, pero.... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego» Es claro el mensaje de Juan el Bautista. El Bautista buscaba la conversión de las personas y como signo de esa conversión las bautizaba con agua, símbolo de pureza, de limpieza del pecado. Pero era consciente también que eso no bastaba y anunciaría por ello el *«Bautismo de espíritu y fuego»* que Jesús les proporcionaría.

Así ocurrió y los primeros cristianos vivieron en plenitud del Espíritu de Jesús. Se sintieron habitados por su Espíritu y animados por Él, lo vivieron todo de una manera nueva, de forma gozosa. Hoy lamentablemente esto no es lo habitual. No son pocos los *«cristianos»* que se han quedado en el bautizo del *«agua»* y no conocen el bautismo del *«espíritu»*.

Y curiosamente en la sociedad moderna nadie discute el valor del *«espíritu»* de la persona. El espíritu pone de manifiesto lo más hondo y decisivo de su vida, su actitud ante la vida, la pasión que la anima, su inspiración última, lo que contagia a los demás, en definitiva, lo que esa persona va poniendo de valor en el mundo.

El espíritu alienta nuestros *«proyectos y compromisos»* configura nuestra *«escala de valores»* y también nuestra *«esperanza»* Y es que según sea nuestro espíritu así será nuestra vida entera

Sin embargo hablar de *«espiritualidad»* no es algo que hoy sea bien acogido en nuestra sociedad. La espiritualidad se asocia a la religión, a la experiencia de Dios, algo intangible, sí, pero a la vez rabiosamente real. Y en estos tiempos que corren, en los que lo que se lleva es lo concreto, lo práctico, lo material... hablar de espiritualidad se considera que se trata de algo inútil y alejado de la vida real. Como si hablar de espiritualidad no tuviera nada que ver con el espíritu de la persona...

Resulta contradictorio que aun reconociéndose la importancia que la fuerza del espíritu tiene en la vida de la persona, se desprecie la enorme fuerza que se desprende de la vivencia según el *«Espíritu de Jesús»*, el fuego de Jesús del que nos habla Juan el Bautista.

Y es que lo primero que cambia radicalmente es la experiencia de Dios. Los primeros cristianos se sentían «*hijos de Dios*» amados por Él y ello les lleva a llamarle «*Padre*». No se sentían «*prisioneros*» de ninguna ley, norma o precepto, sino «*liberados por el amor*». La ley del amor es lo que de verdad cuenta.

Descubren también el verdadero contenido del culto a Dios. Lo que agrada al Padre no son los ritos vacíos de amor, sino que vivamos «*en espíritu y en verdad*». Conocen lo que es vivir con un espíritu nuevo, escuchando la llamada del amor y no con la letra vieja de cumplir obligaciones religiosas.



Una vida vivida con el Espíritu de Jesús y la Verdad de su Evangelio es para los cristianos el auténtico «*culto a Dios*».

Por ello, si creemos que Jesús es modelo de vida, si queremos ser seguidores suyos, si queremos que, como Él, nuestro mundo sea mejor, necesitamos «*dejarnos transformar*» por el Espíritu que cambió totalmente a Jesús, necesitamos el «*fuego de Jesús*».

Es necesario pues «*actualizar*» nuestro bautismo de agua, aquél con el que, de pequeños, nuestros padres nos inscribieron como hijos de Dios y manifestaron su intención y su deseo de que pudiésemos vivir conforme al Espíritu de Jesús. Es necesaria, pues, una «*inmersión*» decidida y valiente en el Espíritu de Jesús, un bautizo con Espíritu Santo.

Por el bautismo los cristianos somos invitados por Dios a llevar el «*testimonio*» de su vida a la realidad del mundo. El cristiano no es para el mundo fuerza de Dios si no promueve la justicia y la liberación de los oprimidos, si no se alimenta, como Cristo, de la «*voluntad del Padre*» y si no ve en la voluntad del Padre el «*servicio a las personas*».

No es con criterio, con ostentación o con poder como el cristiano ha de vivir realmente en el mundo. El cristiano ha de ser como el «*siervo de Dios*». Su bautismo le compromete para llevar el Evangelio a la realidad de las personas. En esta misión el cristiano no corre otro riesgo que el de Cristo. Es posible que su vida termine en alguna cruz, pero cree firmemente que «*el que muere con Cristo resucitará con Él*».

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
10 de enero de 2016